

Luis Magaz, los colores del organero

«Tiene la dignidad del oficio múltiple, donde nada es “standard”.»



LA puerta pequeña del lateral del convento. La puerta muda que parece clausura o entrada sin uso de la pared alta de la Visitación. Abrigado por el recinto conventual de las Salesas Nuevas está el taller del organero. Ámbito recogido del siseo urbano para hacer piezas de música imponente, catedralicia.

Porque el órgano es una orquesta reunida que envuelve, centrifuga y traslada. Su acústica generosa ha de ganar al espacio y producir la emoción solemne y global.

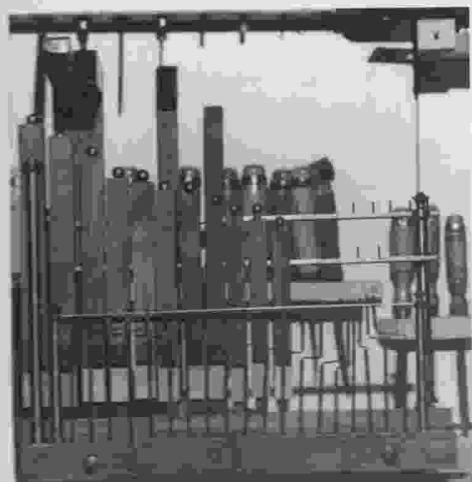
Los tremendos órganos que usaban los romanos para compungir el ánimo del enemigo se perdieron con su Imperio y volvió el órgano a Europa cuando un jeque árabe le regaló uno a Pippino el Breve. Entonces entró en la Iglesia para que sus tubos entonaran trompetas apocalípticas.

Es, en el patrón catedralicio, el coro de canónigos el lugar donde se concentra la precisión, mas en cada rincón de la mole sacra ha de oírse diferente, pero grandioso. Para hacer los tubos, Luis y sus especializados colaboradores funden el metal, lo moldean, lo sueldan. No hay forma de mecanizar el bisel que rompe el aire.

En la madera: la rejilla, la tapa... el «secreto» que es el del maestro que, según como hace los canales que distribuyen el aire, así es el habla de los tubos, luego, el revestimiento hermoso... toda la dignidad del oficio múltiple donde nada es estandar, todo es propio, ajustado, afinado y armónico.

Luis, que hoy controla todo el proceso, empezó a los diecisiete años, porque la casualidad y las amistades le llevaron al taller de la Almunia de Doña Godina con el maestro holandés Gerard Degraaf.

Leyó un libro de Agricol Castille que le abrió el mundo del aprendizaje de los oficios en Francia. Siguiendo el sistema de los compañeros «del tour», los aprendices van buscando en los talleres a su futuro maestro. Así él, con la lista de organeros en la mano, estuvo dos meses visitando maestros hasta que encontró el suyo: Alain Leclère. Esto le abrió el campo de los profesionales y supo a quien acudir para el aprendizaje de útiles puntuales: armonización con Jean Françoise



Dupont de Normandía y diseño de planos para un órgano nuevo con Patrick Collon de Bruselas.

Más tarde fueron los viajes, con compañeros, por Castilla. Mucho le gustó restaurar el difícil instrumento de Villalón de Campos... y otros muchos, devolviendo la música enorme sobre los campos cárdenos y ocres.

Otras veces entró Luis en la Capilla del Palacio de Oriente, para que el órgano dieciochesco de Echevarría librarse nuevo brío. Ahora pisa la Encarnación reparando y casi haciendo nuevo ese órgano español que dio tantas solemnidades a la Monarquía.

El órgano español es más pequeño que ningún otro, pero consigue todo el colorido de los centro-europeos. Policromadísimos, dorados, de trompeterías horizontales cuyo origen no es más que la búsqueda de matices festivos, jugando entre la grandiosidad y la fantasía. De registro partido y reducido teclado, consigue todos los matices. Son los órganos españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII, como el pueblo mismo, como sus preladados y sus reyes, con un pie en la mística y otro en la jácara, y si no que hable de ello la pintura, la cátedra de los místicos o el gran teatro. Estandarte de un país que siempre pone un poco de lo suyo.

Luis hizo su primer órgano al Doctor Trueba en 1986, el mismo año que montó taller en Madrid. Ésta fue su reválida y su éxito, porque hoy los tiempos no están por hacer instrumentos, ni por crear nuevas piezas para que se toquen en ellos.

Luis, riguroso con su oficio, entre pies y octavas, sabe que cuando se termina el órgano se crea una criatura a la que envidiarán las aves por su altura.

El organista, en el mayor de los instrumentos, corona el mundo y el organero Luis al acabar su ilustre faena ya piensa en otro templo en el que soplará una nueva música.

«Porque el órgano es una orquesta reunida que envuelve, centrifuga y traslada»

